

# Nostalgia sin ti

ESTER  
ISEL



mī

ESTER ISEL

*Nostalgia sin ti*

m̄r

© Ester Isel, 2022

Editabundo Agencia Literaria, S.L  
www.editabundo.com

© Editorial Planeta, S. A., 2022

Martínez Roca, es un sello editorial de Editorial Planeta, S.A.  
Avda. Diagonal, 662-664  
08034 Barcelona

© del diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño

© de la imagen de la portada, Héctor Trunec

Preimpresión: MT Color & Diseño, S. L.

Depósito legal: B. 19.407-2021

ISBN: 978-84-270-4933-8

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través [www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Impreso en España/*Printed in Spain*

Impresión: Black Print



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

# 1

LILIA

*Pasado*

Era la última semana de mayo. Un atardecer de tonos anaranjados se colaba por la cristalera del pabellón en el que pulía fragmentos de mis ejercicios antes del Estatal. Solo faltaban unos días para la gran cita en la que las mejores gimnastas del país competiríamos por más que una medalla. Estaban en juego las plazas para el equipo nacional, por eso habíamos sumado un par de horas a la jornada de entrenamientos de los fines de semana y salía antes de clase, además de rascar minutos de sueño priorizando el descanso a estudiar para los parciales del instituto. Gianna insistía en que reposar y mantener la mente fresca era la terapia más efectiva contra las lesiones, así que hacía caso a las directrices de mi entrenadora.

Mi música de pelota se detuvo y el sonido metálico de la puerta abriéndose captó mi atención. Por ella desfiló Violet, enfundada en un vestido veraniego de flores y sandalias, con los bucles rubios cubriéndole la espalda. Ella, que ya había finalizado la temporada al no clasificarse para el evento del domingo, lucía un bronceado fruto de las tardes en el césped del jardín.

Me hizo señas para que me acercase, y yo miré a Gianna en busca de su aprobación antes de tomarme unos minutos de descanso.

—Hasta y media —matizó, escrutando el reloj de su muñeca.

Me puse de pie, me sequé el sudor de la frente con la toalla malva que me acompañaba en las sesiones de repeticiones hasta la saciedad y me aproximé a mi hermana.

—Hoy te recojo yo. —Violet sonrió, jugueteando con las llaves del Range Rover.

—¿Mamá te ha dejado el coche? —pregunté dubitativa.

Violet era dos años mayor que yo, pero mis padres la consideraban la pequeña. Que suspendiera un curso, se hubiera sacado el permiso de conducir a la tercera o incluso eligiera mal las tallas de ropa en compras *online* suponían premisas más que suficientes para que nuestros progenitores cuestionasen su criterio constantemente. Yo, sin embargo, opinaba que mi hermana era la chica con el corazón más grande de la galaxia. Se equivocaba, tropezaba varias veces con la misma piedra, pero jamás se excusaba y de su boca brotaba un perdón sincero tras cada error.

—¿Tan extraño te parece? —Se ofendió.

—¿Seguro que ya manejas bien el embrague? —Me mordí la parte interior del carrillo para contener la risa.

—A la perfección, enana. —Me revolvió el pelo sin importarle que mi coleta medio deshecha estuviera empapada de sudor. Sacó del bolso uno de los batidos de frutas caseros que preparaba mamá y me lo ofreció—. ¿Te queda mucho?

—Tres enteros sin caídas. —Sorbí el líquido dulce de plátano, sandía y melón.

—Ven, quiero darte una cosa —cuchicheó, tirando de mi brazo hacia los bancos de madera de la esquina.

Me senté a regañadientes bajo la atenta mirada de Gianna en la distancia, y continué sorbiendo mientras Violet colocaba en mi regazo un paquete fino, coronado por un lazo rojo aplastado.

—Ábrelo. —Posó sus ojos avellana en los míos.

Con los dedos aún temblorosos por el esfuerzo de aquella tarde, rasgué el papel y descubrí un regalo que sigue dibujándome sonrisas. Una cinta Chacott pintada de azul cielo, fucsia y blanco, los cuales se difuminaban a lo largo de los seis metros de tela. Era el diseño que llevaba meses admirando por Instagram, en la cuenta de una tienda de gimnasia especializada en decoración de aparatos.

—Es preciosa, Violet.

Y cara, por eso no se lo había mencionado a mis padres. En casa nunca dijeron «no» y el entusiasmo de mi madre se traducía en

maillots nuevos cada temporada y pelotas que se reemplazaban al perder su brillo. Precisamente porque no necesitaba encender la cerilla cuando tenía ante mí una hoguera, me callé. En los últimos meses había roto tres pares de mazas durante los entrenamientos, me conformaba con seguir usando el aro del año anterior y coser la cola de la cinta deshilachada formaba parte de mi rutina.

—Recién salida del horno, acabo de recogerla ahora —explicó Violet—. Para que te dé suerte la semana que viene.

La observé alejarse, me guiñó un ojo desde la puerta y desapareció. Al contrario que mamá, mi hermana comprendía lo incómodo que resultaba entrenar con la familia escrutando cada uno de tus movimientos. Por eso me esperó en el coche, paciente, hasta que salí pasadas las nueve.

Ella no solo me daba espacio, sino oxígeno, una mano amiga, palabras de confianza cuando me hacía diminuta. Donde otros veían a una chica indecisa y dispersa, yo vislumbraba a mi guía, a esa estrella polar que centellea mientras tengas un destino al que ir.

## 2

LILIA

*Presente*

—¡Bienvenida a casa! —Violet se salta el cordón rojo de seguridad para darme un abrazo. Hundo el rostro en su melena y trato de mantener la compostura.

«A casa, no», rectifico mentalmente. Regresar a un lugar en el que no hay cabida para tus sueños puede denominarse de muchas maneras, pero «casa» no es una de ellas. Ya no pertenezco a ninguna parte, y debería aterrarme la sensación de ser una flor sin raíces que el viento mece a su antojo. Debería y no lo hace. Porque mi corazón no se ancla en el presente; sigue atrás, antes de que todo se desmoronase, antes de que supiera que estaba siendo feliz.

No me sorprende que la terminal del aeropuerto de Cork se halle semivacía. He dejado pasar a los pasajeros de mi vuelo y he permanecido en mi sitio hasta que la azafata me ha invitado a salir del avión.

—¿Cómo has conseguido librarte de papá y mamá? —Fuerzo una sonrisa.

Ha sido idea mía que Violet me recoja, solo ella, y así disponer del trayecto en coche para serenarme antes de la debacle que me espera cuando me enfrente a la realidad.

—Papá se ha quedado preparándote una *crostata* de Nutella, tu preferida —explica mi hermana. Se carga mi mochila a la espalda y yo arrastro la maleta hasta el aparcamiento—. Y mamá... Digamos que sigue asimilándolo.

—He roto sus esquemas, ¿no? —ironizo. Mientras yo me enamoraba del deporte, ella se embelesaba con los brillantes, las medallas y las entrevistas.

—No has roto nada. Tienes diecinueve años, puedes hacer lo que quieras con tu vida —reprende Violet. Coloco el equipaje en el maletero y ella mete la llave en el contacto para que la música de la radio inunde el interior del todoterreno. Se gira hacia mí cuando ocupo el asiento del copiloto y prosigue—: Lilia, descansarás unos meses y luego ya se verá. No hay nada decidido.

Pero sí lo hay. Esta lesión no se cura con rehabilitación y un pulso psicológico. Mi rodilla está destrozada, los médicos ni siquiera entienden cómo pude entrenar durante meses cuando una persona normal no lograría caminar en las condiciones en las que me encontraba. Supongo que la ilusión sirve a modo de anestésico una vez el cuerpo falla.

—No voy a volver a competir. —Empaño el cristal de la ventanilla con mi aliento, y esas seis palabras duelen tanto como si las estuviera gritando.

—Eh, fantasmas fuera —me anima Violet al percatarse de mi mirada perdida en las copas de los árboles difuminadas por la velocidad—. Yo salí del infierno y tú harás lo mismo.

Pie derecho y espalda. Lo de mi hermana fue un drama de los grandes. Un año parada, de fisio en fisio, dos operaciones con el mejor equipo de traumatólogos deportivos y la promesa de que volvería a pisar un tapiz para no alejarse con un regusto amargo de lo que más amaba. Y lo consiguió, porque Violet es así, testaruda y obstinada, pero sus tres tardes semanales en el pabellón no pueden equipararse a mis jornadas de sol a sol entrenando hasta la extenuación. Para ella la gimnasia equivalía a un juego; para mí, representa la definición de quién soy. O era. Qué más da.

Llegamos a Kinsale en cuarenta minutos. Emplazada en la costa al sur de Cork, mi ciudad natal es el pedacito más colorido de Irlanda, al menos eso me parecía a los cinco años, cuando recorría las callejuelas del pueblo de la mano de mi hermana, bordeaba el río Brandon cada verano en bicicleta e incluso tallaba mis iniciales en la corteza de un árbol, anhelando dejar mi huella en cada rin-



cón de la zona. Antes de recluirme en el polideportivo Didier, la estampa pintoresca de Kinsale fue mi lugar favorito.

No obstante, lo que entonces me resultó una explosión apoteósica de tonalidades vibrantes, ahora se reduce a un arcoíris monótono y desgastado sobre las fachadas de sus edificios. Es como si alguien hubiera pintado de blanco el paisaje para después restaurarlo con una acuarela aguada que no se adhiere a ninguna superficie. Nada brilla, nada estremece, la vitalidad que desprendían las paredes se ha mitigado. Me pregunto si la culpa radica en mi daltonismo emocional y mi apego a los imposibles.

Las calles siguen adornadas con los semblantes amables de esos vecinos que hace tres años me dijeron adiós y hoy me tienden sus brazos de nuevo. Y al bajar del coche, por mucho que me esfuerce en contener la respiración, la brisa impregnada de sal se cuela por mis fosas nasales y me produce cosquillas en la tripa.

—Todo sigue igual —comenta Violet, atravesando el césped hacia el porche.

—¿Qué tal el viaje, pequeña? —saluda papá, asomando por la puerta.

Da un par de zancadas en mi dirección y sus brazos me rodean con efusividad. Mis dedos se tornan lánguidos y suelto la maleta que aferraba con vigor.

—Bien, salvo algunas turbulencias —resumo.

—¿Te apetece comer algo? —Sus comisuras se alzan bajo el bigote entrecano, y la mirada zafiro se le rasga. Lleva el pelo más corto y en su piel son visibles alguna que otra arruga y manchas propias de la edad—. He preparado una sorpresa.

—Más tarde, me gustaría descansar. ¿Dónde está mamá?

—Bajaré a la hora de cenar, tiene dolor de cabeza —la excusa mi padre—. Ve a descansar, os avisaremos a las siete.

Subo las escaleras hasta la segunda planta y entro en la estancia de la derecha. Mi habitación sigue intacta, igual que la dejé: fotografías de mis competiciones visten las estanterías y de la pared cuelgan varios percheros de madera con medallas.

Me agacho para sacar cada prenda de la maleta antes de guardarla en el armario o el canapé bajo el colchón. Compruebo que no

tengo más que chándales, punteras, zapatillas, rodilleras y calentadores. No dispongo de ropa de calle, la relegué a ese ayer al que no esperaba volver. Los triunfadores no echan la vista atrás con nostalgia. Por el contrario, aquí estoy, avanzando a tientas, engañando a mi cerebro para que no me espete las verdades que sé y no me atrevo a afrontar: mi fábula se ha acabado, no hay más oportunidades para mí, el nombre de Lilia Girard está condenado a caer en el olvido.

Froto los tobillos para quitarme las deportivas y me tumbo sobre el edredón, sin deshacer la cama. Saco el móvil del bolsillo del pantalón y observo las notificaciones emergentes. Varios mensajes de Stella, dos perdidas de Sawyer y los wasaps del grupo de rítmica del club. Amigos que se preocupan por mí, sienten curiosidad por mi retorno o solo buscan cotilleos con los que rellenar el mes de enero.

Lanzo el teléfono a una esquina y doy media vuelta en la cama, cubriéndome la cara con las manos, como si la presión que aplico impidiese que los pensamientos me murmurasen cosas. Sin poder evitarlo, su rostro se dibuja en mi mente: Troye. Su pelo castaño oscilando libre con las ráfagas nocturnas que arrastraban aroma a prohibido. Un mapa de pecas adornando su nariz como besos del sol sobre su tez blanca. El ceño desafiante que protegía los ojos más expresivos que he visto jamás: celeste alturas y locuras, celeste determinación, un vuelo rumbo a cualquier utopía y la certeza de que juntos la haríamos realidad.

Después estaba su sonrisa, menuda sonrisa. Genuina, sincera, la expresión del niño que no había crecido, sufrido injusticias y continuaba escondido entre las sombras, cobijando un corazón que amenazaba con romperse en mil pedazos. Cuando Troye sonreía, mi pecho se encogía y se saltaba un latido que le mostraba elevando las comisuras e imitándole mientras un aleteo agradable agitaba mi interior. Adoraba esa forma tan peculiar que tenía de ver el universo, al principio con cautela, convertido en un muro inquebrantable de espaldas anchas, labios sellados y una armadura que le duró poco conmigo, porque él no era una escultura de mármol, solo la intención de parecer de piedra para que nadie contaminase su organismo con falsas promesas.

El chico del lápiz —las madrugadas entre sus brazos y el azul que su mirada le robó al mar—, ya no existe en mi presente. Él es el único del que me gustaría tener noticias, el único que opta por regalarme su silencio. Y quiero reír por cada momento que pasamos juntos, pero recordarnos solo me invita a llorar.